



**EL LIBRO DEL PUEBLO**

ENCICLOPEDIA POPULAR HISPANO-AMERICANA

C<sup>e</sup> 2010-92

DR. CÉSAR JUARROS

**LOS ENGAÑOS  
DE LA MORFINA**

COMPAÑÍA  
IBERO-AMERICANA  
DE PUBLICACIONES  
S. A.



M.B.

SERIE VI  
O  
L  
B  
E  
L  
L  
E  
D  
O  
P  
B  
L  
L  
E  
L  
E  
Z



Núm. 5

EL LIBRO DEL PUEBLO

Serie VI-I

DR. CESAR JUARROS

ACADEMICO DE NUMERO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA  
MEDICO-DIRECTOR DE LA ESCUELA CENTRAL DE ANORMALES  
PROFESOR DE PSIQUIATRIA FORENSE DEL INSTITUTO  
ESPAÑOL CRIMINOLOGICO

# LOS ENGAÑOS DE LA MORFINA



18

4

COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES, S. A.,  
MADRID

1929

---

C.ª General de Artes Gráficas, S. A.-Príncipe de Vergara, 42 y 44.-Madrid

## LEYENDA

Abundan las vidas oscuras. Vidas llanas, monótonas, áridas, reseca. Tristeza de sendero manchego. Sin cumbres azules en el horizonte. Sin flores en la linde.

Son de dos clases tales existencias: vidas oscuras, resignadas a serlo, y vidas rebeldes, disconformes con tan opaco ambiente. Los adaptados, los sometidos, vegetan, de ordinario, en las fronteras de una felicidad pasiva. Serenidad de acantilado, de vieja ermita, de estanque. Las horas desfilan en lenta procesión gris. No triunfa la emoción, pero la cenestesia (sensibilidad interna, sensibilidad visceral) ofrenda ricos viveros de goces materiales: el buen dormir, beber como un tudesco, comer manjares hábilmente sazonados... Ver morir la tarde de codos sobre el pretil de un puerto pequeño, don-

de el mar acuna barcos pesqueros humildes y audaces.

El centro de gravedad de las finalidades, descendiendo, fué a situarse infradiafragmáticamente.

Vegetar insignificante, donde los minutos transitan tan pausadamente que parecen horas.

Visto desde fuera el espectáculo de estos panoramas espirituales, entristece. Una vez en contacto con ellos, la conmiseración suele trocarse en envidia.

En cambio, las vidas oscuras, disconformes, son vidas en rampa. Penosas, tristes, difíciles. El protagonista quisiera ser de otro modo. Desempeñar en la tragicomedia de cada día papeles relevantes. Conocer la dicha de oír, clarineado, el propio apellido. Poseer prestancia de héroe novelesco. Escapar de las mazmorras del anónimo. Sentir el hervor de la admiración en los corazones cercanos. Encaramarse sobre los hombros propicios del montón.

Casi siempre estos grilletes de descontento proceden de las forjas de la paranoia.

Por constitución mental paranoide entiéndese, en Psiquiatría, un modo especial—congénito—de reaccionar a los estímulos psíquicos.

El paranoico consciente de su inferioridad resís-

## Los engaños de la morfina

tese a reconocerla. Busca todos los medios imaginables para miopizar su conciencia. Ningún recurso mejor que acusar a los extraños. En vez de atribuirse a sí mismo, por torpeza o ignorancia, el fracaso, considera culpables a la maldad e incompreensión ajena. Grato consuelo de urdimbre morbosa.

Todo antes que oír la terrible verdad.

Cuando este proceso psicológico no deriva hacia modalidades francamente patológicas, la vida oscura no aceptada bonachonamente crea fuertes tendencias a una sugestibilidad avara.

Ya que no héroe, cortejo.

Los grupos de partidarios ciegos, frenéticos, irreflexivos. La chillona comparsería, estela inevitable de la victoria ruidosa. La categoría del vencedor es indiferente: político, literato, torero, cantante, balompedista..., ¿qué más da?

La legión de los envaneidos por haber dado un apretón de manos a don Fulano; el tropel de los enardecidos pueriles, que sacan en brazos a los toreros; la masa de los que saltan al campo para abrazar al jugador que hizo un tanto tan decisivo como inesperado; los que en la humareda de una tasca se dan de puñetazos cuando paréceles haber dejado exhausto el cofre de los argumentos. No

pocas veces, más que una realidad percibida, discuten excelencias de lances que ninguno de los discutidores presenció.

La rica gama de pasiones amorfas, esporádicas, irrazonables, que no son, en el fondo, sino hambre de emoción, sed de personalidad destacada. Ilusión disfrazada momentáneamente de realidad. Lagotera, compasiva y afín.

Esta penosa y apremiante necesidad de enrolarse como comparsa conduce a la adopción de comodines, de prejuicios destinados a desfigurar los hechos y facilitar que el sujeto no se vea obligado a confesarse mediocre. Irremediablemente mediocre.

La morfina, como instrumento de placer y marchamo de mundanidad, ocupa uno de los puestos más destacados en la ringlera de los lugares comunes.

Para infinidad de hombres y mujeres, la palabra MORFINA posee raro prestigio, estotérico, de droga infernal. Caldera de voluptuosidades locas. Veneno inquietante, en cuyo seno dormita el hechizo de sazonar los placeres vulgares con sensaciones refinadas, sutiles, que ningún gramático acertó aún a bautizar. De oído a oído, como si se tratase de sabrosa comidilla aliñada con especies comadreri-

## Los engaños de la morfina

les, centenares de filisteos chismorrear, estremecidos de asombro y envidia:

—¡Mengano se pone morfina!

Lo contemplan como a un viajero regresado de países brujos. Como a una decantación del mayor y mejor progreso. ¡Síntesis esclavizadora de una vida rica en placeres y predominios espirituales!

Estos pobres engañados dotan a la palabra MORFINA de un abolengo aristocrático—alas líricas pugnando por elevarse sobre la arcilla cotidiana—que justifica sobradamente nos detengamos en el análisis de sus tres aspectos más interesantes.

El primer motivo del deslumbramiento, brota como efecto de un extraño prejuicio: el de que inyectarse morfina otorga un troquel de superioridad, tejida con prestancias donjuanescas, gualdrapas cascabeleras de hombre de mundo, vivido, práctico en los más peligrosos lodazales. Piensan éstos, embobados por señuelos de celuloide, que quien consume habitualmente tóxicos se acredita de exquisito, de distinguido, de elegante dilapidador de energías.

Los incautos, tan numerosos como los tontos, asemejan dos términos dispares: morfina y gran mundo.

Una de las acciones más eficaces en el contagio de la morfinomanía procede de esta inexplicable tendencia a creer que inyectarse el veneno concede condición de persona selecta.

Por extraño que pueda parecerle al lector sensato, abundan los necios caídos en el terrible hábito, pensando que el manejo de la jeringuilla bastaría a desterrar su mediocridad social, a empavonarla de aristocracia.

Hay tan profundo error en semejante modo de pensar que, según luego veremos, uno de los principales daños causados por el tóxico es colocar al enfermo al margen de la vida de los sanos.

Gran parte de estos perniciosos efectos débense a la sugestión literaria. Otro de los orígenes del contagio. Los literatos modernos han entonado himnos hiperbólicos, nutridos de falsedad, al placer de envenenarse lentamente. Procedieron así obligados por la escasez de temas.

Como lo perseguido era el aspecto sugestivo, superficial y movable, no realizaron ningún esfuerzo encaminado a documentarse. O escriben de oídas o dejan libre a la fantasía o reducen su información a las resobadas páginas de Baudelaire, Quincey, etc. Las repasan para adulterarlas, para des-

## Los engaños de la morfina

virtuarlas, otorgando los autores categoría de acólitos del culto a los tóxicos, de exaltadores de la morfina.

El medio de convencerse de que la morfinomanía no puede ser jamás cantada como vivero de goces supremos, es asomarse al infierno que la existencia de cada morfinómano representa.

Al hablar de alucinaciones, siendo como son, penosas y terroríficas, en vez de describirlas así los literatos, hácenlo con colores vivos y cálidos, inspirados en un orientalismo frondoso, totalmente irreal.

Si los bardos de la morfina tienen talento, sus elogios pueden resultar estéticamente valiosos, pero en absoluto recusables desde el punto de vista de estimarlos representantes de la verdad.

Del montón de mentiras sembradas alrededor del problema de la toxicomanía, ninguna comparable en daños a la mentira sexual, tercera causa básica de la difusión del hábito.

Quienes no conocen los efectos de la morfina atribúyenla singulares y rápidas acciones afrodisíacas, además de la mágica propiedad de conducir a paraísos encantados, vivero de voluptuosidades

sin nombre, que únicamente los tóxicos son capaces de proporcionar.

Como es frecuente que las gentes de vida oscura no posean sexualidades ricas en perspectivas gratas, la esperanza de lograrlas les seduce y arrastra. Como les reclutaría cualquier otro desmán con igual intensidad voceado.

Para que los efectos sean aún más profundos y enérgicos sobre el magín del predispuesto, un enjambre de filisteos ha dado en decir, sin fundamento alguno, que las hetairas de alto coturno se ayudan en su misión de vendedoras de placer con el empleo de sustancias tóxicas: éter, morfina y cocaína principalmente.

El anzuelo suele ser fácil y candorosamente picado, sobre todo si fué ofrecido a gentes de vida sexual pobre, enardecidas por el espectáculo sensual y voluptuoso de la ciudad.

Hasta aquí la leyenda, ayudada en su desarrollo por la necesidad, bien humana, de espolear a un sistema nervioso remiso.

La verdad es que la acción agradable redúcese, en los casos favorables, a un estado de excitación durante el cual, como en la primera fase de la embriaguez por alcohol—al fin y al cabo de una em-

## Los engaños de la morfina

briaguez se trata—domina en el espíritu, durante breve lapso de tiempo, una sensación de bienestar, de euforia.

Las consecuencias de tales excitaciones las precisaremos en el capítulo siguiente.

Hay que contar también con que no son raros los casos de intolerancia; en ellos, desde las primeras inyecciones, prodúcense únicamente efectos desagradables.

La intoxicación crónica por la morfina recorre, como la del opio, que tan bien describe Pauchet, una fase de *impresión*—sobreactividad cerebral—, una de *impregnación*—hipnótica—, una de *saturación*—excitación cerebral—y, finalmente, la de *intoxicación* propiamente tal, dentro ya del terreno de la Patología. La frase de impresión fué la preferida por los literatos para espigar temas nuevos. A ella es a la que conceden los profanos, sugestionados por la difusión tamborilera del mito, condición de exclusiva.

Desgraciadamente, no es así. Resulta imposible detener la evolución del proceso.

El uso prolongado de la morfina, cuando recae en sujetos predispuestos, conduce a la morfínomanía, y morfínomanía quiere decir esclavitud. La

más triste de todas en la que puede caerse. La que conduce a la más penosa abyección, como apreciará quien siguiere leyendo.

### *REALIDAD*

Cuando comienza el hábito, las inyecciones originan estados de excitación grata, de euforia, de contento. La traducción objetiva resulta selecta o burda, según la calidad mental del sujeto.

Quien sea inteligente, tendrá exteriorizaciones en relación con esta cualidad; el torpe se comportará torpemente; el necio, neciamente.

El veneno no hace milagros. Es fusta, no crisol.

La borrachera — de alcohol o de morfina — del bruto, resultará soez, grosera. El paranoide acusará con mayor intensidad que la habitual su desconfianza, su recelo, sus pretensiones de autodidacta, su afán de teatralizar, su orgullo encespado.

El tóxico no crea nada, no incorpora nada a la personalidad. Ni transforma ni desencauza. Limitase a destacar, por inutilización de los frenos que crearán la educación y la cultura. El medio y los ejemplos. Para llegar cotidianamente a la embria-

## Los engaños de la morfina

guez, bancarrota de deberes y derechos, es forzoso ir aumentando progresivamente la dosis. No cabe detenerse.

Acostumbrado el sistema nervioso a los efectos de la morfina, resúltale imposible prescindir de ella. La amante se trocó en tirana.

Si las circunstancias del momento, un último esfuerzo de la voluntad o una represión ciega por parte de la familia privan al enfermo, bruscamente, del veneno, se crea el llamado estado de necesidad.

Una angustia infinita se apodera del paciente. Miedos sin nombre baten su optimismo. Cerrazón. Sensación de muerte inmediata.

Desfallece el corazón, se nubla el pensamiento, claudica la dignidad, conviértese en trabajosa la respiración, el organismo parece perder su apresto espiritual.

Y como fondo de las terribles horas, lancinantes torturas viscerales.

Pocos sufrimientos existen comparables a éste en que las cuadernas de la Psicología crujen, amenazando con un naufragio sin esperanza.

No existe sino un remedio: inyectarse de nuevo.

El placer de los primeros días perdió su condición de activo.

Hay que reinyectarse. No para gozar, sino buscando calmar un sufrimiento. El morfinómano deja de ser un perseguidor de placeres para contentarse con no padecer. La satisfacción quedó reducida a no penar.

Ha pasado el pobre enfermo a ser esclavo del veneno. Servidumbre no inocua, sino llena de riesgos. El morfinómano enflaquece. Pierde su piel el color natural para tornarse amarillenta, seca, cubierta de erupciones.

Si el sujeto es desaseado, los pinchazos de las inyecciones se infectan, originando abscesos; abscesos que a veces motivan importantes intervenciones quirúrgicas.

Surge rápido y apenador envejecimiento.

Hay una sensación permanente de sed. Resécase la boca por escasez de saliva. Falta el apetito. Atormenta un estreñimiento pertinaz. Disminuye la orina. Como compensación, aumenta el sudor. Sudor viscoso y frío.

Dominado por profunda y progresiva debilidad, el morfinómano no siente afán por nada, ni se en-

cuenta con decisión suficiente para abordar tarea alguna.

Nace un temblor frío, rápido, menudo. Cuéstales trabajo hablar. Enhebran penosamente las ideas.

Despléganse por el cuerpo entero inquietantes alteraciones de la sensibilidad subjetiva: dolores, hormigueos, opresiones, singularmente en la zona del corazón. Alfileres, espadas y losas.

Da tono general a tan abrumador padecer una tan acentuada decadencia de las energías físicas, que ahuyenta la alegría de existir.

De los efectos más claros, precoces y socialmente graves de la morfinomanía, es la aparición de una honda anestesia ética.

Derrumbamiento rápido, rapidez de escenografía, de los diques que trabajosamente se levantarán en la escuela y el hogar.

Olvídense las conveniencias sociales. Se dan de lado modos de comportamiento que durante el estado de salud tuvieron carácter de perennes.

Piérdense las costumbres de aseo y limpieza.

Sus palabras tejen constantes embustes. Tratan de engañar a los médicos. Suelen conseguirlo con la familia. Mienten, falsifican, roban, traicionan. Especialmente si se trata de procurarse morfina.

La sociedad, no siempre comprensiva, se revuelve contra tales desmanes, dándosela un ardite de su carácter morboso. Les hace el vacío, les niega crédito, les lleva a la ruina. La imposibilidad de trabajar y la falta de prestigio personal acelera y justifica la catástrofe. Revolviéndose contra su desgracia, estos malhadados suelen realizar intentos de regeneración; pero fáltales inteligencia y voluntad.

La memoria se resiente pronto. La atención hácese débil e inconstante. Los mejores propósitos se esterilizan por falta de decisión. El carácter cambia. Abundan las actitudes hipócritas a base de pretendidos arrepentimientos y serios proyectos de repudiar al morboso hábito.

Constantemente bruscos, irritables, anegados en rachas de mal humor, sólo se consigue verlos dicharacheros, locuaces y satisfechos a raíz de haberse inyectado. Es entonces cuando una espléndida pirotecnia de optimismo brota de sus labios.

Su vigor sexual disminuye hasta dar la impresión de profunda y definitiva impotencia. El mito de las voluptuosidades infernales se ha desvanecido. La morfina no sólo no acrecienta las posibili-

## *Los engaños de la morfina*

---

dades sexuales, sino que las aminora intensamente. En muchos casos hasta extinguirlas.

Quien busque en ella estímulo, se verá decepcionado. De análoga manera a lo que ocurre con las bebidas alcohólicas.

Por si tales sinsabores no resultaran suficientes, suelen padecer estos enfermos un insomnio pertinaz, muy difícil de combatir: dificultad que viene a complicar seriamente el problema, ya que el empleo de hipnóticos no hace sino aumentar la intoxicación y, por tanto, reforzar los síntomas.

Córrese otro riesgo: las constituciones mentales psicopáticas pueden agudizarse por efecto de la intoxicación.

Modos patológicos de reaccionar, que se hubieran mantenido en límites de normalidad, hacen explosión, constituyendo síndromes morbosos de pronóstico grave.

Perdida toda orientación, indefensos ante sí mismos, acobardados frente a la vida, la más leve contrariedad impúlsales a buscar olvido en la morfina, elevando la dosis corriente.

Incapaces ya de toda lucha, refújanse en el embotamiento tóxico como en un subterráneo de paredes acolchonadas. Huyen del espectáculo de la

vida y del de sus propios pensamientos. No quieren saber nada ni enterarse de nada. Aspiran sólo a verse libres del dolor físico y espiritual que la falta de tóxico produce.

Víctimas de la necesidad de renovar el estímulo, a ello atienden ávidamente, hundiéndose, más cada día, en una decadencia mental que ha de acabar por incapacitarlos totalmente.

¿Es que no cabe salir de tales abismos por el solo impulso del propio individuo?

¡No!

En cuanto se intenta disminuir la dosis, aparece el llamado síndrome de abstinencia, de que ya hemos hablado, y que describiremos ahora con mayor amplitud.

Caracterízalo fundamentalmente una sensación de cansancio, de falta de fuerzas, de laxitud. A poco aparecen síntomas mejor definidos: dolor de cabeza, sudor, salivación abundante, lagrimeo, deposiciones líquidas, pobreza de pulso, decaimiento general.

Si se persiste en la abstención, apodérase del enfermo hondo malestar, angustia infinita, con sensación de muerte próxima. El corazón late cada vez más rápidamente. Si se continúa sin inyección,

se presentan vértigos, vómitos y, en no pocos casos, la debilidad cardíaca llega a convertirse en colapso.

A veces mortal.

Cómo pudieron deificar esta tragedia los pretendidos cantores de los paraísos artificiales, resultaría inexplicable, de no tratarse de una mixtificación zurcida con hilos de ignorancia.

Recuérdese que al infeliz Marqués de Sade, lujurioso teórico, narrador de aberraciones anatómicamente imposibles, se ha llegado a llamarlo ¡el divino Marqués! Para probar lo justificado de nuestras afirmaciones, examinaremos rápidamente los casos de Poe, Baudelaire y Quincey, como más significados entre los pretendidos exaltadores de los goces a base de intoxicación.

Poe fué un toxicómano (tomó principalmente láudano y alcohol), enfermo mental claro, con tendencia a las fugas morbosas. Lleno de fobias y obsesiones, lo que parece acusar un fondo psiquiástico.

Tales condiciones forzosamente han de restar valor a su testimonio.

Utilizaba, con frecuencia, como material literario, sus propias alucinaciones.

Jamás se mostró satisfecho de sí, ni elogió los venenos. Sentía vergüenza de su vicio. Dolíale tenerlo. Para escribir las emocionantes narraciones que le hicieron inmortal, aprovechaba los cortos períodos en que lograba manumitirse de sus fatales hábitos.

Cuando—octubre de 1845—contraído el compromiso de recitar un poema original, lleno de desesperación ante su impotencia intelectual, pide ayuda a los tóxicos, fracasa rotundamente.

La vida de Poe constituyó un terrible calvario de padecimientos físicos y morales.

Baudelaire es el escritor invocado más frecuentemente en España cuando se trata de citar un paladín lírico de los tóxicos.

Baudelaire, pese a los que se encantan trayéndole y llevándole como gran sacerdote del rito toxicómano, odiaba a los venenos.

Tanto dolíale no ser dueño de sí mismo, que a él pertenece el famoso verso:

“Un oasis de horror en un desierto de tedio.”

Como Poe, figuraba en la categoría de los talentos enfermos. Se envenenaba tratando de huir de una tristeza infinita, de esquivar pertinaces tentaciones a buscar la solución en el suicidio, de com-

batir, siquiera fuese fugazmente, su abrumador aniquilamiento moral.

Sus "Flores del mal", tan torpemente léidas y tan desacertadamente comentadas, representan un volcán de dolor y desesperación.

De Baudelaire son estas dos frases:

*"El peor trabajo inmediato, es superior al ensueño."*

*"Consejo: obedecer a los principios de la más estricta sobriedad; el primero de ellos, supresión de todo excitante. Sea el que sea."*

Baudelaire, igual que Poe, era un alienado, un enfermo mental, cuya opinión no tiene nada de favorable a las pretendidas excelencias de los tóxicos, como instrumento de placer.

A Thomas Quincey se le ha llamado "el papa del opio". Quienes se enteran a medias lo consideran el poeta de la droga.

Pese a tal tendencia, en sus confesiones protesta vivamente contra Coleridge, por haberle atribuído que, si se habituó al veneno oriental, fué persiguiendo voluptuosidades fuera de lo vulgar.

Se acostumbró, según él, tratando de combatir una neuralgia facial.

En algunos pasajes de las confesiones, Quincey

encomia la euforia producida por las primeras tomas. Luego, pasada la luna de miel de sus desposorios con el opio, todo son reproches y lamentaciones.

Hay aquí un punto de vista que es de máximo interés señalar: Teodor de Wyrewa, Ayhard, Guerrier, etc., aducen numerosas pruebas en pro de la tesis de que Quincey no fué sino un embustero que se aprovechó de los manuscritos de Coleridge.

Las observaciones clínicas de opiómanos, más escrupulosamente hechas, no coinciden con los síntomas descritos por el literato.

Véase a lo que queda reducida la deslumbradora leyenda de los goces tóxicos y de la dicha de sus apóstoles.

### *COMO SE LLEGA A MORFINOMANO*

¿Cómo se establece el hábito de la morfina?

No existe un procedimiento único. Tres son los mecanismos corrientes:

- a) *Acostumbramiento terapéutico.*
- b) *Snobismo.*
- c) *Constitución mental toxicómana.*

La primera manera es, sin duda, la más frecuen-

## Los engaños de la morfina

te. Surge un dolor, cólico hepático, cólico nefrítico, neuralgia facial, etc.

Indicación de urgencia: conseguir que desaparezca rápidamente el sufrimiento. ¿Cómo tolerar que el enfermo pase las horas quejándose? Ni descansa ni deja descansar. Parientes y amigos esperan de los técnicos el éxito de que termine prontamente la tortura.

El médico no vacila ni puede vacilar. Inyecta morfina. Huye el dolor. Acude un sueño reparador. En la casa todos siéntense aliviados. El triunfo terapéutico fué rotundo.

Pero la morfina no cura. Su mágica acción redúcese a atenuar pasajeramente el síntoma.

Como la causa no fué atacada directamente, los síntomas aparecen de nuevo. Hay que inyectar otra vez. A la cuarta o quinta, la dosis resulta insuficiente. Ha de aumentarse. Insensiblemente se llega a un número de centigramos que nadie hubiera podido prever al administrar las primeras cantidades.

El técnico, como es natural, no se conforma con esta situación, y continúa preocupándose de combatir la causa. De ordinario llega a lograrlo. Puede ocurrir que para entonces, si el enfermo tenía

la predisposición mental de que luego hablaremos, el hábito morboso se haya establecido.

El enfermo no necesita morfina para vencer al dolor, puesto que el dolor no existe. Sí para calmar la angustia, el malestar que la privación le ocasiona.

El morfinómano está hecho. Consolidada la nociva costumbre.

Desentendido de preocupaciones médicas, buscará el tóxico por propia cuenta, valiéndose de recursos clandestinos. Dan comienzo las humillantes peregrinaciones originadas por la sed de veneno.

En síntesis, una consecuencia contra la que resulta difícil precaverse.

No era posible consentir que el paciente se revolcase en el lecho, torturado por terribles dolores, teniendo al alcance de la mano un modo rápido y seguro de que el tormento cese. Con la rapidez de un hechizo. Interin no se disponga de substitutivos de la morfina, seguros e inocuos, los clínicos se verán obligados a continuar recurriendo a ella, sin que baste a evitarlo el temor a un posible acostumbramiento.

Lo primordial es que la aplicación tenga término. Si se presenta un síndrome de morfinomanía se

combatirá luego; pero el martirio de un cólico nefrítico o hepático no consiente aplazamientos. Ni regateos terapéuticos.

\* \* \*

A la morfínomanía que pudiéramos llamar medicamentosa o involuntaria, sigue, en orden de frecuencia, la voluntaria, *la estúpida*.

La originada por necia tentación, fruto obsesivo de mitos malsanos que incitan a descender a esotéricos abismos de sensualidad, donde, según los pretendidos iniciados, florecen exóticas flores de lujuria.

Los comodines literarios: boro y vidrio, purpurina y pino, sugestionan, cautivan a las personalidades sin forma, barro dócil, borra sumisa, conduciéndolas a probaturas en cuya meta triunfa, trágico y sombrío, el hábito nocivo.

Cuando intentan retroceder, no lo logran. Las supuestas voluptuosidades demoníacas no pasan de la categoría de burdas ficciones. Ansias insatisfechas.

Háblase en demasía de sensaciones ambiguas que no son, en su urdimbre, sino síntomas claros

de padecimientos nerviosos, perfectamente definidos en los tratados de Patología.

Las drogas reducen sus efectos a enanizar el vigor sexual. Cuando esto ocurre, después de fugaz estímulo la piroteenia tiene lugar a expensas del escaso remanente de energía poseída aún por el enfermo.

El calvario bufo de los tímidos, ávidos bebedores por dejar de serlo, que al llegar instantes adecuados a la audacia hállanse con la lengua torpe y el cerebro obnubilado.

Pueden ocurrir cosas tan disparatadas porque una gazmoñería en babuchas aleja la atención pública de la fisiología sexual. Desde la pretensión insana de disfrazar al instinto eje, llamándole amor y tratando de otorgarle consideración de función orgánica aparte de las otras, hasta convertir en virtud la ignorancia, en mérito la hipocresía y considerar exquisitez la pugna acrobática de los mal dotados por no parecerlo, existe un largo humilladero de sinsabores y claudicaciones.

Los panegiristas de la aberración ignoran, o lo aparentan, que la verdadera dicha sexual, la fuerte, la compensadora, la que justifica vivir, des-

## Los engaños de la morfina

arróllase siempre dentro de la más absoluta normalidad.

Las perversiones son modos ideados por organismos que padecen privación de posibilidades de procedimientos sanos y limpios.

Si a aquellos a los que una constitución patológica apartó del comportamiento normal se les pudiera volver al cauce por donde caminan los sanos, todos, sin vacilar, renunciarían a sus pretendidos goces de extravío.

Saben mejor besar unos labios prietos, húmedos y frescos, que unos blanduzcos, resecos y pintados. Es preferible mirarse en unos ojos serenos y limpios, sin ojeras fingidas ni pestañas artificialmente enhiestas, que asomarse a un espejo guarnecido de productos químicos que roban a la vista poder de expresión y aptitud para la sinceridad.

¡Desgraciados los que no aciertan a amar sin necesidad de estímulos drogueros!

¡Mal negocio renunciar *voluntariamente* a comportarse con arreglo a cánones naturales!

Si abundan los libros donde se invita a perseguir sensaciones lúbricas sin nombre, débese, ante todo y sobre todo, a falta de lealtad de los escritores, más atentos al lucro que a nobles ideales

estéticos. Despertar curiosidades malsanas resulta siempre altamente reproductivo.

Los bobalicones abundan.

No presenta gran dificultad deslumbrarlos. Recuérdese el caso, en que conviene insistir, del desventurado Donaciano, Alfonso, Francisco, De Sade, a quien se ha llegado a llamar "el divino Marqués", enaltecíéndole como a un dios pagano.

Se cometió el desmán de escribir que era el Patriarca del supremo arte de gozar haciendo sufrir, como si el sadismo no constituyese un terrible mal.

Lo que, sin duda, no hicieron los panegiristas, fué llevar a la práctica las escenas de *Justina y Julieta*. De haberlo intentado no abundarían tanto los comentarios ensalzadores.

La mayoría de las descripciones carecen de realidad anatómica.

Enfrentarse con el mundo de los renegados de la sexualidad sana equivale a entrar en una clínica de Psiquiatría.

Cuando no se emprende la aventura con arreglo a pautas y fines científicos, la excursión no vale nunca lo que cuesta.

Interviene en tan anómalo estado de cosas un

factor que no cabe silenciar: el que carece de un bien suele consolarse fingiendo desdeñarle.

Los faltos de suficiente capacidad sexual para comportarse de modo lealmente masculino y sinceramente vigoroso, antes que confesar su impotencia procuran convertir en mérito lo que no es sino desgracia.

Cuando una de estas obras peligrosas cae en manos de hombres y mujeres dueños de una energía sexual sana, limitanse a saborear el primor literario, si existe, sin correr riesgo alguno de contagio mental.

Por el contrario, los lectores de psicología amorfa, incapaces de elaborar pensamientos audaces, originales, desconcertantes, pero ávidos de lucirlos, se dejarán prender por las perspectivas extravagantes y es posible que, disfrutando de una sexualidad, hasta entoces no justiciable de reproches, caigan en la majadería de iniciarse en el uso de la morfina o en el de cualquier otra aberración nauseabunda.

Idéntico efecto, visto desde fuera al de los que, careciendo de dinero para viajar asomándose a Europa durante las vacaciones, alegan como justificación de su contumacia en no atravesar los

Pirineos, lo incómodo de visitar Suiza o Noruega y lo agradable de quedarse en Madrid asfixiándose, acosados por el calor y la monotonía que el estío impone a todas las grandes poblaciones.

¿Qué dirías, lector, de quien, contando con recursos económicos, convencido por tales argumentos, dejara de viajar?

Pues esto es lo que ocurre a infinidad de pánfilos trocados en morfinómanos por efecto de sugerencias literarias escritas o habladas.

\* \* \*

Para completar el cuadro restamos hablar de la toxicomanía como tercer factor etiológico del hábito a inyectarse morfina.

Por su importancia social, dedicaremos íntegro a esta viciación de la voluntad el capítulo siguiente.

## *EL TERRENO*

Una de las primeras cuestiones que suele plantearse al profano en cuanto se encara con el gra-

ve problema de la morfinomanía es la de averiguar por qué no todos a quienes se administra morfina por vía hipodérmica adquieren el hábito de continuar inyectándose.

Débase a la ausencia o presencia de un estado de predisposición. A la calidad del terreno en que tiene lugar la siembra.

Para poderse dar exacta cuenta de tan complejo asunto es necesario conocer unas cuantas nociones preliminares relacionadas con la toxicomanía.

Entiéndese por toxicomanía la necesidad *morbosa* de sentir el espolonazo de un tóxico: alcohol, café, cocaína, éter, cáñamo indio, morfina, etc.

Existen numerosas personas incapaces de vivir tolerablemente sin utilizar este recurso. Unas veces trátase siempre de idéntica sustancia. Otras varía.

Puede haber períodos de calma, de abstinencia, pero breves.

La necesidad es tan honda que castigos, amonestaciones, fracasos, carecen de eficacia adocrinadora. Ni aun la conciencia del envilecimiento en que se cae llega a ser freno.

Fuí amigo de un gran escritor, ya fallecido, a

quien dominó en sus últimos años la pasión del vino. Del vino malo. Peleón del que venden en las tascas de los suburbios madrileños.

Diariamente, el pobre enfermo recorría, en dolorosa peregrinación, las tabernas de los Cuatro Caminos, donde, ávidamente, ingería vinazo hasta alcanzar la cantidad de tres a cuatro cuartillos, para, calmada ya la sed maldita, regresar, humillado y triste, al centro de la ciudad.

Sabía perfectamente que la causa de su decadencia mental era el alcohol. Dolíale tener que mantenerse merced a ofensivas protecciones, obtenidas a cambio de una vergonzosa claudicación en ideales políticos que siempre considerara intangibles.

Aun reconociendo lo humillante de tales panoramas, resultábale imposible dominarse.

Por poco observador que se sea, resulta fácil distinguir al dipsómano del borracho.

El borracho se encuentra satisfecho del vino y de sí mismo. Incluso se jacta de su vicio. Bullicioso, alegre, objetivo, centrífugo, ruidoso, ni se recata ni se arrepiente.

Muy otra la psicología del dipsómano—*impulso irresistible a ingerir bebidas alcohólicas*—.

Surge siempre el deseo morboso en forma de accesos. Comienzos vagos e imprecisos. Primero, una sensación injustificada de tristeza. Desgana de todo. La vida perdió su valor. Su aroma. Ideas pesimistas se adueñan del enfermo. La afectividad se embota. Negros presentimientos mantienen viva la inquietud.

Disminuye el apetito. Aparece una opresión precordial abrumadora.

Poco después se presenta la sed. Indefinida al principio, sin rótulo, sin adjetivo. Precisa, luego, Bien determinada. Aumentando velozmente hasta hacerse irresistible. El toxicómano lucha cuanto puede. Pone en juego los principios éticos que le inculcaran en el hogar y la escuela. Recuerda con rabia y vergüenza sus derrotas anteriores. Hace llamamientos desesperados a la voluntad.

Pero el impulso ciego y sordo puede más y, vencido, ciego, olvidado de todo, sin más norte que proveerse de alcohol, si hay que robar, roba; si hay que matar, mata.

Ni hijos, ni padres, ni esposas, ni amantes, importan nada. Es preciso beber a toda costa. Al precio que sea. Y el toxicómano acaba por beber ansiosamente. Su entrada en la taberna o el bar

no tiene lugar con bullanga, cual ocurre con el verdadero borracho.

Hácelo sigilosamente. Pide la mercancía en voz baja. Buscando pasar desapercibido. Aplacada la sed, huye presuroso. Haciendo propósitos de no volver. Intenciones tan buenas como sistemáticamente incumplidas. La toxicomanía constituye el tipo genuino de la predisposición morbosa a padecer el hábito de inyectarse morfina; pero, desgraciadamente, el mal tiene más amplios horizontes.

Actualmente defiéndese por muchos autores que la morfínomanía depende, antes que de la administración del alcaloide, del estado mental del sujeto.

Una persona normal es difícil que llegue a morfínomana. Si llega, será para dejar pronto de serlo.

Sin esta predisposición, resultan escasos los riesgos de que se produzca el habituamiento. Esta preparación especial, esta aptitud, no ha de entenderse exclusivamente en el sentido toxicómano. Existen numerosas psicosis en las cuales puede aparecer la costumbre de inyectarse, como síntoma o como aledaño.

## Los engaños de la morfina

Es frecuente descubrir histéricas llegadas a morfíomanas por culpa del histerismo. Otro ejemplo: muchas personas tímidas, cobardes, irresolutas, cayeron en las redes del tóxico, mendigando aliento, sostén, energías. Como hay atemorizados que beben aguardiente esperando que así les sea más fácil comportarse bravamente en un conflicto agudo.

Ignorantes de su aptitud toxicómana, emprenden una aventura que termina convirtiéndoles en prisioneros de un veneno.

Aun puede presentarse más enrevesado el asunto. Legiones de hombres, en sus combates con el instinto, a fuerza de pretender imposibilitar su triunfo, obligan a aquél a labrarse nuevos senderos.

El alcohol empieza a ser estimado como un equivalente. La borrachera sustituye al placer de la unión sexual. Por algo es corriente que los hombres muy bebedores gocen de escasas simpatías entre las mujeres que no hacen de su amor mercancía, sino ofrenda y trofeo.

Los celos terribles, absurdos y brutales del alcohólico, y en general de todos los toxicómanos, su inclinación al llamado impropiaemente crimen pa-

sional, arranca de la consciencia más o menos diáfana de un estado de debilidad sexual.

El hombre sexualmente vigoroso huye de los tóxicos por miedo a que le debiliten. La borrachera obstinadamente habitual no tendría otro significado que el de reemplazar a un acoplamiento sexual difícil o imposible.

Hay, por tanto, morfinómanos que no buscan en la morfina latigazos azuzadores de su virilidad, sino mecanismos compensadores.

Como en determinados casos lo es el ataque histérico o epiléptico. Como lo son muchos insomnios, e incluso ciertos trastornos viscerales.

En algunos paranoides, aficionarse a la morfina es consecuencia directa de lo anómalo de su estado mental—desconfianza, orgullo, ideas de grandeza, pretensiones de autodidacta.

Pudiera prolongarse el alegato; pero con lo expuesto basta para formar concepto de cómo el eje de todo cuanto se relaciona con la adquisición de hábitos tóxicos encuéntrase representado por el estado mental.

A él hay que atender antes que al veneno.

Importan, más que el hecho de ser morfinómano, los motivos de serlo.

Conocer y comprender este concepto moderno presenta singular trascendencia ante los Tribunales de Justicia.

Dice el nuevo Código penal español (1928), en su artículo 90, que los toxicómanos serán internados simultáneamente con la pena, o después de cumplirla, en "asilos o establecimientos especiales o de trabajo". ¿Qué pena es ésta?

Depende del delito. Pero sea éste el que sea, la condición "a obrar el agente bajo la acción de drogas tóxicas o sustancias estupefacientes" (artículo 69: II) los Tribunales podrán estimarla como atenuante o agravante o dejar de tomarla en consideración, según la naturaleza, los accidentes y los efectos de la infracción (art. 69: IV).

¿Cuándo ha de estimarse la toxicomanía agravante y cuándo atenuante?

Desde un punto de vista severamente científico, nunca será lícito hablar de agravación de la pena. Si de todos los enfermos a quienes resulta preciso inyectar morfina, unos se convierten en morfinómanos y otros no, y de aquéllos unos curan fácilmente perdiendo pronto la nociva costumbre y otros, pese a todos los esfuerzos, no

vuelven nunca a verse libres de ella, es porque, además de la droga, interviene otro factor.

Según acabamos de ver, constituido por un elemento congénito ajeno a la intervención de la voluntad.

¿Puede estimarse como *agravante* el hecho de haber nacido con un modo anormal de reaccionar?

Pero para que este criterio, rígidamente técnico, pueda oponerse al prejuicio del legislador, que ve en el morfinómano más un vicioso que un enfermo, es preciso que las nociones fundamentales antes enumeradas hayan llegado a la conciencia de las gentes.

Puede caerse en la morfinomanía por dos caminos principales: buscando calmar un dolor o persiguiendo un placer.

Para que el hábito arraigue necesitase estado mental apropiado. La semilla no fructifica sino en terreno de condiciones adecuadas para ello.

La predisposición podrá ser mayor o menor, y en este grado residirá el motivo esencial de la fisonomía clínica del padecimiento.

Como de antemano resulta difícil, si no imposible, conocer y valorar ese fondo congénito, es fá-

cil darse cuenta de la imprudencia que representa decidirse a probar los efectos de una inyección de morfina.

Trátase de una imprudencia pringando majadería, capaz de acarrear fatales consecuencias.

Para que el lector aprenda a considerar el problema de la morfinomanía desde puntos de vista aproximados al acierto, conviene que no olvide jamás cómo en este problema tiene *siempre* más importancia que el hecho de inyectarse la modalidad psíquica del que se inyecte.

### CONSECUENCIAS

Hemos hablado en un capítulo anterior de la esclavitud representada por el hábito de inyectarse morfina.

Demostramos cuán distante muéstrase la realidad de lo que suelen figurarse los ilusos y de lo que afirman, casi siempre de oídas, algunos cantores insinceros del veneno; pero a este cuadro ha de unirse, para completarlo, el hecho de que en ciertos morfinómanos aparecen síndromes psicósi-

cos, es decir, trastornos mentales definidos clasificables.

¿Por qué ocurre esto en algunos morfinómanos y no en todos?

Una vez más resulta preciso invocar al término terreno.

La predisposición a la toxicomanía no excluye la posibilidad de que exista una constitución mental morbosa.

Divídense actualmente las locuras en dos grandes grupos: Exógenas y endógenas.

En unas y en otras, para que la perturbación psíquica se presente, es forzoso que coincidan una causa determinante y una personalidad psicopática—modo de reaccionar al margen de lo normal.

¿Cómo debe entenderse este término de constitución mental patológica?

—Ejemplo: Existe en clínica una constitución mental paranoide, de que ya hemos hablado, sencillísima de identificar aun para el más moderno de los novicios en la orden grave de la Psiquiatría. Encuéntrase representada dicha constitución por el predominio, en la psicología del sujeto, de un orgullo desmedido.

Si estas personas fracasan en la vida, en la profesión, la culpa no es nunca suya, sino de los demás o de las circunstancias. Especialmente de los demás.

En el taller, del maestro o de los compañeros. En los exámenes, del tribunal. Antes que confesarse incapaz o vencido, culpar a otro.

A esa hipertrofia de la vanidad, a ese alto y ciego concepto de sí mismo, únese un recelo siempre en acecho. Desconfiar de todos y de todo.

Completa el cuadro el matiz teatral, novelesco, enfático, que imprimen a cuanto dicen y hacen. Orgullo, desconfianza, teatralidad, son tres palabras que acusan reciamente los caracteres básicos de la constitución mental paranoide.

Haber nacido teniéndola no quiere decir forzosamente que haya de padecerse un grave trastorno mental. Sin llegar a este extremo, pasan por la vida infinidad de personas envenenadas de orgullo, recelosas y dramatizadoras.

Que la anormalidad pase o no de ahí, dependerá de los sucesos, de la lucha por la existencia, de los conflictos sentimentales, de la profesión escogida, etc.

Si la vesania se presenta será revistiendo el

cuadro clínico de una forma de psicosis de las muy numerosas que integran el amplio grupo de las paranoias: delirio de persecución, delirio de interpretación, querellantes, etc., etc.

Estos casos, en los cuales el matiz es impreso por la personalidad y ésta impone el tipo clínico de la dolencia, pertenecen al grupo de las llamadas locuras endógenas.

Empléase el calificativo de locura exógena cuando la causa determinante es la que motiva la especialización del síndrome: alcohol, sífilis, morfina, traumatismo, etc.

Como en las formas exógenas, la predisposición también existe según su intensidad y modos; variarán los aspectos prácticos de la cuestión.

A ello se debe que una misma dosis de morfina produzca los efectos más heterogéneos, según la calidad del paciente.

Las consecuencias que vamos a analizar en este capítulo las escogimos por estimarlas singularmente apropiadas a la divulgación.

Son:

- a) El síndrome mitomaniáco.
- b) La confusión mental.

c) Agudización de las constituciones psicopáticas.

Numerosos son los cambios introducidos en el comportamiento por el hábito de inyectarse, pero ninguno reviste la importancia que la tendencia al engaño.

Del morfinómano no es posible fiarse *jamás*, pese a sus buenas palabras y aun a sus buenos propósitos.

Con tal de no verse privados del tóxico, apelan a los más extraños subterfugios. Esconden los tubos de tabloides debajo de un baldosín, detrás de un cuadro, entre la lana del almohadón. Las mujeres, cuando la clase de peinado lo permite, en el pelo. No pocas veces en la vagina o el recto.

Buscan tenazmente sitios en que sea difícil pensar. Un cliente mío había establecido su depósito en el flotador del inodoro.

Juran, dan su palabra de honor, se retuercen las manos en desproporcionados y melodramáticos ademanes, jurando una sinceridad que clarinean ultrajada, lloran la desgracia de no ser creídos y..., sin embargo, mienten.

Para darse cuenta de adónde puede llegar la tiranía del veneno, es preciso haber presenciado,

en los pequeños incidentes de la desmorfinización, cómo estos enfermos reclaman suplicantes las gotas que pudieran quedar en la ampolla y piden la justicia de que les sean compensadas las derramadas al cargar la jeringuilla.

Tuve yo una enferma, hetaira de alto coturno en tiempos pasados, reducida luego a muy humilde condición por culpa de una invencible morfomanía.

Ya en los linderos de la miseria y la abyección, la encontró casualmente un hombre rico, inteligente, culto, de excelente figura, simpático, noble y generoso. Enamorado frenética, absorbedoramente, la ofreció no sólo librarla del ambiente embrutecedor en que vivía, sino casarse con ella, después de dos años de prueba.

La condición inicial para ponerla en el camino de tan halagüeño y venturoso porvenir, era *única-mente* someterse a una cura de desmorfinización.

La enferma contestó que prefería morir de hambre a verse privada del veneno. Por las calles madrileñas arrástrase hoy convertida en un guiñapo social. Mendiga. Maltratada. Olvidada acaso ya de que pudo ser la esposa de un hombre caballeroso y rico, apasionado ciegamente por ella.

A hombres y mujeres de escrupulosa conciencia, antes de ser morfinómanos, he oído mentir bellacamente después de serlo. Por estos y otros hechos resulta imposible llevar a cabo la desmorfinización fuera de los sanatorios. Pese al tesón con que lo solicitan muchas veces los enfermos y aun las propias familias.

*La confusión mental*—amencia de Meynert, disnoia de Korsakoff, hallucinatorische Wahnsinn, de Kraft-Ebing—constituye la manifestación clínica genuina de las intoxicaciones. Debe su nombre al estado de torpeza psíquica, de embotamiento cerebral que caracteriza al padecimiento.

Los enfermos muéstranse desorientados. No se dan cuenta de lo que ocurre. La memoria falla. La atención no acude cuando se la solicita.

El cuadro suele ser completado por dos síntomas de singular relieve: las alucinaciones y el delirio onírico. Las alucinaciones caracterízanse por el hecho de percibir el enfermo sensaciones faltas de justificación sensorial. El alucinado asegura oír voces, cuando en el local no se percibe el más pequeño ruido. Ver personas, animales, cosas faltas de toda realidad. Notar olores que no existen.

En la confusión mental las alucinaciones son vi-

suales, y de ordinario revisten carácter terrorífico: animales de la apocalipsis, matanzas, incendios, verdugos en funciones.

El llamado delirio onírico pudiera calificársele de delirio de reminiscencias. Lo integran temas delirantes hilvanados caprichosamente, absurdamente, utilizando retazos de la vida cotidiana. El oficio, la oficina, incidentes del hogar, episodios de la amistad.

Las familias suelen decir:

—¡El enfermo parece estar soñando en voz alta!

Como este delirio se acompaña de alucinaciones visuales y se desarrolla sobre un fondo de confusión mental, resulta sencillísimo de reconocer.

Aparte de a los síndromes confusionales de máxima frecuencia en el curso de la morfomanía, hállanse expuestos los enfermos a que el morboso hábito coincida con una constitución mental patológica.

Si la acción tóxica rompe el equilibrio psíquico o lo quebranta, podría originarse una agudización del modo de ser y reaccionar, del temperamento y el comportamiento, que vendría a caer dentro del cuadro de la alienación.

Suponed la existencia de una constitución mental esquizoide en determinado morfinómano.

La acción tóxica agudizará, avivará, reforzará la tendencia, produciendo el síndrome esquizofrénico, según pasó en un cliente mío.

Como el lector puede encontrar indescifrable el término esquizoide, intentaremos evitarlo.

La humanidad hállese dividida, teóricamente, en dos grandes grupos: *esquizoides* y *sintonizados*.

O lo que es igual:

*Esquizoide*—roto el contacto con la realidad;

*Sintonizado*—pendiente de cuanto le rodea. En contacto constante con la realidad.

El sintonizado tiene psicología de espejo. Está pendiente de los hechos ajenos y del pensamiento ajeno. Alma de caja, de resonancia, de veleta. Presentistas. Responden a los estímulos del momento. Están sintonizados.

Los esquizoides son unos encerrados en sí mismos por haber roto o dificultado el contacto con la realidad. Viven concentrados en un pensamiento arbitrario al margen de la existencia corriente. Ensoñadores, tenaces, tejen bellas historias inverosímiles, en las que se asignan contumazmente papel de protagonista.

Sin la intervención del funesto hábito, acaso mi enfermo hubiera llegado a la vejez bordeando las fronteras de la anormalidad, pero sin atravesarlas.

O lo que es igual. La morfina puede despertar estados latentes y, avivándolos, crear dolencias que sin tales circunstancias no adyuvantes no hubieran adquirido autonomía.

Véase hasta dónde puede llegar la transcendencia de intentar conocer, por mera curiosidad, las excelencias voluptuosas de los pretendidos paraísos artificiales.

#### *Remedios.*

El primero de todos, atender celosamente a la instrucción.

Que las gentes conozcan, mediante divulgaciones sencillas, amputadas de toda petulancia, el verdadero destino reservado a quienes se aficionan a la morfina.

A infinidad de sugestionados por las lecturas no recomendables he oído decir:

—¡Si llego a saber lo que venía detrás, no me pongo la primera inyección! ¡Ella tuvo la culpa de todo!

En este sentido, nada tan útil como divulgar la

verdadera historia de esas vidas atormentadas, en que el legítimo prestigio literario deslumbra a los incautos como espejuelos de cazador: Poe, Baudelaire, Coleridge, Gerardo de Nerval, Quincey, etc.

El panorama terrorizador de esas horas de desesperación y angustioso tormento, en que no pensara el Dante, supera como ejemplaridad a cuanto pudiera inventar el más inteligente higienista.

Acobarda, deprime y entristece evocar el rosario de días desgraciados, eje de la existencia de Poe. No hay modo de enterarse sin sentirse estremecido de pavor y compasión.

La segunda medida encuéntrase constituída por una precaución: la de procurar darse cuenta, antes de inyectar, de cuál es la constitución del enfermo.

En los neurósicos se tratará de restringir el uso de la morfina cuanto sea posible.

Como hemos dicho, sin un cierto grado de predisposición no hay morfinomanía.

Claro que la eficacia de tan sensata línea de conducta encuéntrase neutralizada, en parte, por los efectos de snobismo, y en no menos por los casos en que una aparente morfinomanía no hace sino representar el sustitutivo de una sexualidad empobrecida.

Esta última modalidad de morfinomanía no tiene sino una posible profilaxis: la implantación de nuevas normas de ética sexual. Con tal probabilidad no es lícito contar todavía. Al menos en nuestro país, donde es mayoría el número de insatisfechos sexuales, o, lo que es peor, de satisfechos parcialmente.

A los que carezcan de hábito de asomarse a presenciar el paso del cortejo de este problema angustioso, puede parecerles hiperbólica la tesis; pero en la práctica constituye realidad de cada día el hecho clínico de hallar toxicómanos que no son, en realidad, sino pobres desgraciados perseguidores de grietas por donde dejar salir un remanente de energía que la anormalidad sexual impide consumir.

Las prédicas familiares alcanzan poca eficacia.

En este y en otros muchos casos, cuantos rodean al enfermo suelen entablar una absurda competencia a ver quién logra resultados más positivos, lanzando sermones anodinos, irrazonales, difusos e imprecisos.

Si los enfermos mentales fuesen capaces de cambiar por la sola influencia de severas pláticas, no merecerían llamarse enfermos. Suelen enfermar, o por falta de una compenetración honda y leal consi-

go mismo, o por un desacierto con el ambiente. Tanto en uno como en otro caso, los discursos resultan estériles, ya que la procedencia del mal es meramente subjetiva.

No pocos ilusos confían en la eficacia de las leyes y de la acción policíaca, como recurso contra la difusión de la morfinomanía.

Constituye tal creencia error análogo al de los reglamentaristas, obcecado con la idea de que el medio mejor de aminorar los males de la prostitución es perseguir sañudamente a las rameras.

Tanto en prostitución como en morfinomanía, los resultados hablan en contra de semejantes tendencias.

Mientras haya compradores, no faltará quien venda.

Ahí está al alcance de todos, fácil de comprobar, el caso de los campamentos de Marruecos. En el risco más abrupto y tajante, en la llanura más desprovista de casas y vegetación, a orillas del mar como entre los bosques de alcornoques, donde haya un soldado dispuesto a gastarse *las sobras*, surgirá el vendedor zalamero y pegajoso.

Prohibir la libre circulación de las drogas estupefacientes representa sensata y acertada medida;

pero no debe esperarse de ella más de una ligera dificultación del tráfico.

Mientras exista quien compre morfina a precios elevados, habrá quien la venda. Con leyes y sin leyes. Las leyes no pueden hacer nada. Para que rindan buenos resultados es preciso que no sean centripetas. Que hayan sido promulgadas a petición de quien ha de cumplirlas.

Sin propósitos de denuncia, y mucho menos con el de suscitar campañas de escándalo, tengo que decir que conozco morfínomanos que, ni antes ni luego de la actual legislación, tuvieron necesidad de recurrir a medios extraordinarios para proporcionarse el veneno.

La única diferencia es que ahora les cuesta más caro el producto.

La actual persecución sanitaria, bien proyectada y aun mejor intencionada, ha tenido como efecto primordial la elevación del precio del tóxico clandestino.

De la instrucción y de la educación puede esperarse mucho más.

Sale al paso, inevitablemente, en llegando aquí, el problema de la desmorfinización.

## Los engaños de la morfina

A primera vista da la impresión de constituir **excelente** recurso contra la morfomanía.

Desgraciadamente, no es así.

Para comprender este pesimismo y participar de él, resulta indispensable pasar revista a las siguientes cuestiones:

- a) *Posibilidades de una desmorfinización eficaz.*
- b) *Casas y Sanatorios.*
- c) *Recaídas.*

Para lograr una desmorfinización efectiva es preciso que coincidan varias circunstancias difíciles de reunir. No es lo mismo conseguir que un morfinómano se acostumbre a prescindir, durante una temporada, del veneno, que vencer la tendencia tóxicómana.

Lo primero resulta relativamente fácil. Lo segundo, difícilísimo. En ocasiones, imposible.

Dejar sin morfina se deja con sólo una vigilancia tan asidua como discreta y un puñado de precauciones higiénicas y terapéuticas.

Reeducar la voluntad es algo diferente. Requiere una compenetración espiritual perfecta entre el enfermo y su médico.

Por lo poco común de ella, dase frecuentemente **el caso** de tener que desmorfinizar a sujetos que ya

lo fueron anteriormente en diversas ocasiones. Quitar la morfina y reeducar la voluntad impone el concurso de un Sanatorio, a ser posible, *auténticamente* especializado.

Fuera de los Sanatorios hácese difícil lograr nada, salvo en aquellos casos en los cuales una gran disponibilidad de medios económicos permite improvisar el Sanatorio dentro de la casa.

Aun reunidas tales circunstancias, la casa será siempre inferior al Sanatorio. Por la posibilidad de fraudes y engaños.

También en no menor proporción, por lo difícil de mantenerse firme frente a las exigencias y disculpas del enfermo.

Como no existen Sanatorios de beneficencia, ni siquiera modestos, la desmorfización viene a resultar, prácticamente, inabordable para las clases pobres.

A todas estas dificultades únese el hecho de resultar frecuentísimas las recaídas.

Un pequeño disgusto, la más leve contrariedad, dos noches de mal dormir, un quebranto económico, es suficiente para que el morfinómano corra en busca de la morfina. Como el borracho torna al vino, buscando una excitación, un estímulo, un la-

tigazo que embote la memoria y cambie de lugar los puntos de vista sentimentales.

¿Y el escarmiento?

Es un término desprovisto de valor real y mucho más de valor técnico.

Se aparta de la morfina, una vez conocidos sus daños, el que no es toxicómano; quien nació víctima de esta constitución nerviosa volverá a recobrar el hábito de un modo fatal.

El que una persona, a la que se pusieron inyecciones de morfina, se habitúe morbosamente a ellas, y también que un ex morfinómano vuelva o no al veneno, depende, *en lo esencial*, de la constitución psíquica.

No hay para qué hablar de escarmientos ni de remordimientos.

¿QUIZA?

No sé, lector, si eres morfinómano, si te sientes atraído por el mito o si, por el contrario, te encuentras tan dueño de ti mismo que puedes mirar serenamente el problema sin riesgo ni de resbalar

ni de caer. Sea lo que fuere, las siguientes líneas tenían que ser escritas y escritas han sido.

Una vez decidido tal propósito, ha de hacerse que vaya precedido de vanguardia encaminada a evitar advertencias superfluas. O lo que es lo mismo, pero más claramente expuesto: las líneas que siguen no tienen para qué ser leídas ni por los seguros de no ser vencidos por la tentación ni por quienes constituyen ya su presa.

Estas líneas postreras tienen otra dirección: la de los colocados al borde.

No se piense por ello que voy a enderezarles una prédica áspera, gruñona y altisonante.

Mis intenciones son otras. Hay en ellas pródiga cosecha de ternura y comprensión.

Nada de sermones, mucho de consejo amistoso y leal. De esos que se dan en las aldeas, caminando con la mano apoyada en el hombro del camarada, frente a la esmeralda alegre de las huertas.

Cuando surge la idea de desposarse con la morfina, ¿cómo evitarlo?

Hay varios recursos. Puede que al verlos enumerados, lector indeciso, los acuses de teóricos en demasía; pero por mi condición de psiquiatra, especializado en estas cuestiones, puedo asegurarte

## Los engaños de la morfina

que existen en ellos gérmenes valiosos de bravas y admirables rebeldías.

Los remedios son tres:

- a) *El amor.*
- b) *El trabajo.*
- c) *La lectura.*

El amor es el antídoto por excelencia. Acaso porque la morfina constituye su más terrible enemigo.

El morfinómano, ya viste, lector, cómo poco a poco, en una degradación lenta, acaba convirtiéndose en una piltrafa humana. Infinidad de morfinómanos lo son porque no tuvieron la suerte de que en su rumbo hacia las cárceles de los tóxicos surgiese un amor.

Morfina y amor constituyen dos embriagueces; pero mientras la del amor es fisiológica, la de la morfina presenta caracteres definidamente morbosos.

La morfina, envenena; el amor, depura.

La morfina trueca a hombres sanos, robustos, optimistas, en enfermos, enclenques, deprimidos. El amor acierta a convertir a los tímidos en héroes; a los egoístas, en generosos; a los groseros, en poetas. Inyectarse morfina es alejarse de la vida, renunciar a la alegría, dejar sin contenido el fanal

de las horas, esclavizarse sin gallardía, abandonar el camino para tenderse en la cuneta; mientras los otros, los vigorosos, los enardecidos, pasan triunfales.

Amar es incorporarse a un cortejo inmortal. Es justificar el milagro de haber nacido. Es combatir, y si se cae, caer gallardamente.

La morfinomanía un poco intensa hace imposible el trabajo. Faltan las energías y el fervor. No existiendo nada capaz de rellenar tan bellamente las horas como el trabajo, quien trabaja teje tapices de entusiasmo.

Lo que hace encantador vivir es tener un ideal, una noble ambición, una meta que alcanzar. Sin este ambiente el tedio embadurna los momentos mejores.

Trabajando, no por el condumio cotidiano, sino guiando nuestra labor afanes desinteresados, románticos—¿por qué no emplear estas bellas palabras?—, los panoramas todos adquieren hechizos imprevistos, es más fácil el esfuerzo, más halagüeña la victoria, menos doloroso verse derrotado.

Trabajar por cariño a la obra, desdeñando las posibilidades de lucro, como cosas sin interés, hace

## Los engaños de la morfina

olvidar más intensamente que las mayores dosis de morfina.

Cierto escritor, excelente amigo mío, pese a su apariencia de frivolidad, ni satisfecho ni tranquilo, cuando al llegar la noche, en la soledad y el silencio de su despacho, se enfrenta con libros y cuartillas, experimenta, según él, una impresión totalmente comparable a la que sentiría si estuviese, como cuando era niño, en el regazo de su madre.

Leer es estimular. Cuando se lee lo que se debe. Por ello, quien se sienta débil de voluntad e inclinado a buscar como compensación al páramo de su vida los espolazos del tóxico, hará ¡muy bien! repasando la historia de las grandes figuras. Inmortales antes que por su ingenio por su comportamiento.

Claro que las lecturas pseudo-eróticas, donde se ensalzan pretendidas virtudes afrodisíacas de las drogas malditas, no deben caer en otras manos que las de los preparados para soportarlas merced a una sólida cultura o a una recia voluntad.

\* \* \*

En síntesis:

a) La morfina, pasada la excitación de los primeros días, acarrea más tristezas que alegrías.

b) La morfina no es una sembradora de placeres sexuales, sutiles y exquisitos, sino, por el contrario, producto debilitador de la energía, hasta llegar a la más absoluta impotencia.

c) Probar a qué sabe la morfina constituye siempre una loca imprudencia, pues si quien se lanza a la aventura posee una constitución toxicómana, puede encontrarse, sin darse cuenta, esclavo del terrible veneno.

d) Imposible consolarse con la idea de que la desmorfinitización es rápida y sencilla, pues, además de larga y engorrosa, en muchas ocasiones no se ve coronado el esfuerzo por éxito alguno.

e) Ser morfinómano equivale a situarse al borde de un precipicio en cuyo fondo aguardan los lodos de todas las miserias humanas.

Madrid, 23-XI-29.

**FIN**

# GUERRA

(Diario de un sol-

:- dado alemán) :-

España responde a la sensibilidad alemana, francesa, belga, inglesa, frente a este libro del *Ludwig Renn*, que constituye hoy el máximo acontecimiento literario europeo.

Apenas puesto a la venta, GUERRA es leído apasionadamente, conviniendo sus numerosos lectores en considerar esta obra como el cuadro más acabado de la vida en las trincheras.

Admira de GUERRA su sencillez de expresión, su tono de documento veraz, su carencia absoluta de literatura superflua, su exactitud.

GUERRA es un libro escueto, cortante, sin divagaciones. Es la semblanza más acabada de la guerra. Es el argumento más decisivo y violento contra las armas.

**CINCO PESETAS**

Mundo Latino. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Preciados, 46 y Plaza del Callao, 1, Madrid. Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, Barcelona. Feria del Libro, Exposición Iberoamericana, Sevilla.

15338.-53742.-13816. Llame a uno de estos teléfonos. Recibirá el libro que desee sin recargo alguno.